

PEDRO MARDONES

ELLA
ENTRÓ
POR LA
VENTA-
NA DEL
BAÑO

ANPRADE

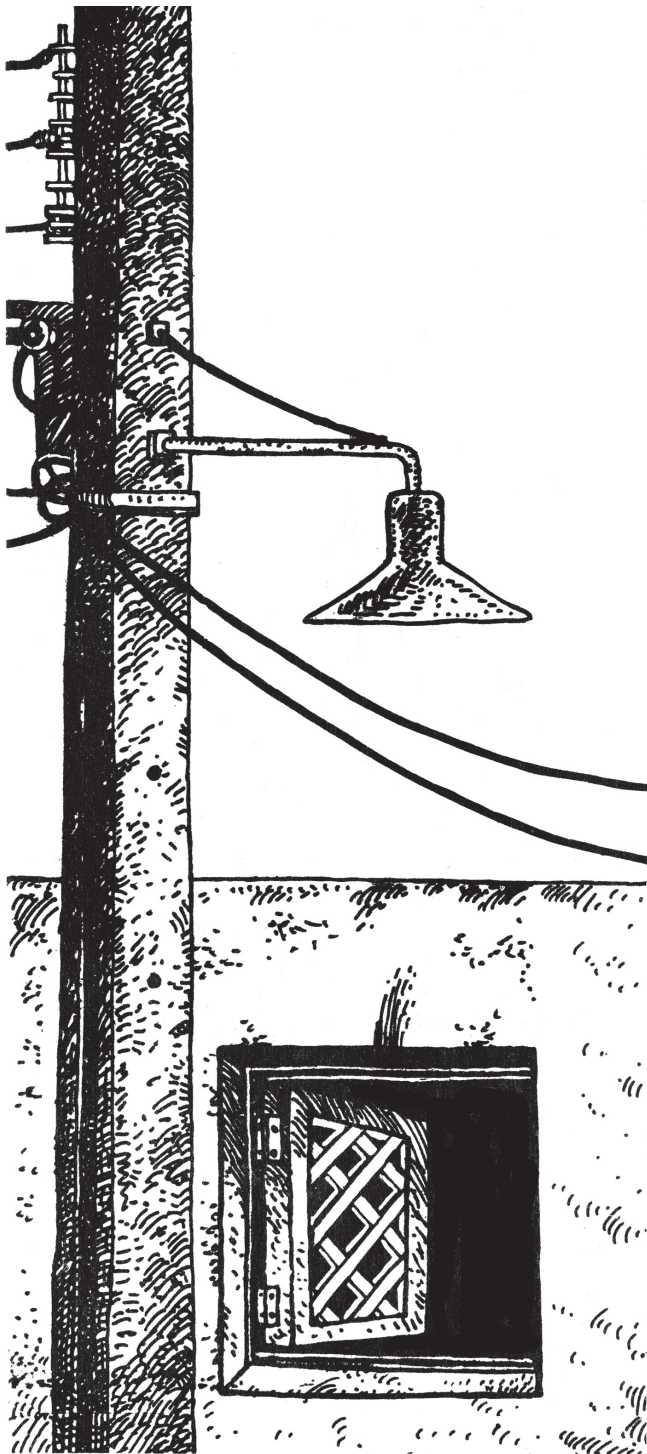


ELLA ENTRÓ POR LA VENTANA DEL BAÑO

Cuando la prepotencia se hace nuestra amiga y con siete años en cada suela nos reímos de la cagada que está quedando en el planeta; por el religioso joing que recién son las doce y el sol todavía no aparece; porque la Virgen (por ahí) sigue haciéndose propaganda con las apariciones, y entre duelo y duelo de estrellas nos vamos quedando solos, a la deriva de las aceras (por ahí), manos en bolsillos, carreteando los huevos en el grupito de la esquina; haciéndonos los viejos antes de tiempo, a esta hora, cuando son las tres de la mañana y todavía no regresa y cualquier día lo encontramos con el costillar al aire —dice la vieja— porque mis amigos son carne amarga, pero me hacen reír, siempre estamos riendo y cuando el grupo se ríe, todos estamos allí, batiendo las mandíbulas, celebrando la talla del Melo que tiró un gato mojado a los cables, de la cola, zumbando el animal, a los aires, al choque brutal de la corriente. Por un momento se eriza, se retuerce y, más oscuro de lo que era, me doy cuenta de que es la Chola, la pobrecita que todas las noches se acurrucaba entre mis piernas, y yo dele patadas para que la cortara; porque su calor, su ronquido, sus ojos como dos peces de bronce nadando bajo las



sábanas eran el único referente de ternura, los únicos testigos de mi necesidad de alguien, por eso, porque me quería, se refregaba redonda, como una mujer, y yo le decía: «¡ay, Cholita!» y me retorció con ella en los espasmos, rodábamos en la cama, mientras yo soñaba con sus tetillas de gata, con sus resoplidos de hembra virgen, escuálida, estrecha, que me dice que le duele, que es muy grande, que mejor otro día, que viene gente, que no quiere, porque el dolor le borró la calentura, la curiosidad de tener un macho recién cumplidos los catorce, pero yo no le doy tregua; y para que aprenda quién es el que manda, la quiebro en el pasto y no me importa que grite pues así tiene que ser: a la violenta, al puro estilo heavy metal, loca, con sangre, con mucha sangre que me mancha los pantalones y todos siguen riendo cuando me agacho y recojo a la Chola aún tibia, que se quiebra entre mis manos, y le busco los ojos, fijos en alguna estrella, como cuando nos volábamos juntos y yo le tiraba el humo en el hocico, sus ojos de bronce sueltos, navegando hacia el infinito, buscándome quizás más allá de la vida, maullando sola y sin ecos en el agosto de los gatos muertos; entonces gritan de una ventana: «Que la luz». «¿Quién hizo el corte?». «Que llamen a los carabineros». Al tiempo que todos corren y el Melo se saca la cresta y media de borracho y desde el suelo me grita que arranque, que no sea güevón, que no me caliente por la Chola, que hay muchas gatas todavía, muchas minitas que descartuchar. ¿No soi hombre? ¿Entonces para qué te haces el leso? Y la vas a esperar a la salida del liceo, para decirle que te perdone, que estabas supervolado; que yo no soy así,

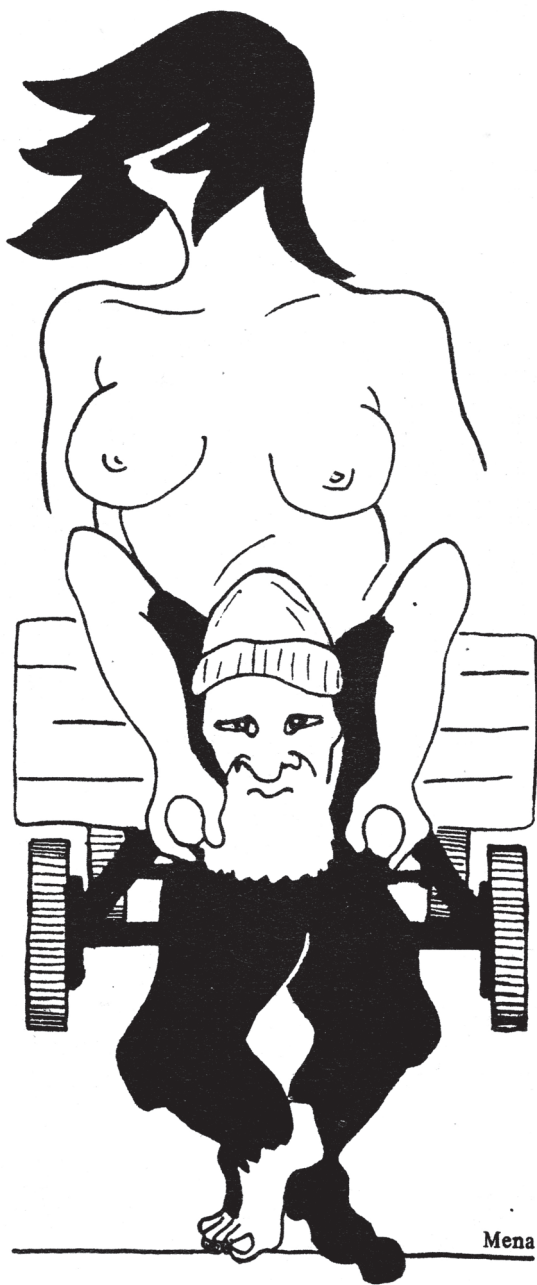


Marcelita, me tenías loco, todas las noches me pasaba la película contigo, todas las noches me tiraba con la Chola al abismo de tus ojos. Pero ya no va a pasar nunca más, ella se cambió de barrio, por eso apretó el cadáver de la Chola contra mi sexo, porque sé que a ella eso le gustaba, la apretó susurrándole que se moviera porque la radio sigue amenazando con la Tercera Guerra y a la Virgen, posando para la foto, no le interesan los gatos muertos ni los espermios rotos que la Marcelita no recordará nunca más lejos del barrio; porque el Melo tenía razón: hay muchas mujeres-gatas por ahí, pero ninguna como tú, Cholita, tan paciente, esperando en el techo de mi casa que se apagaran las luces para entrar por la ventana del baño. Ninguna que me hable por los ojos, ninguna que me escuche de tan lejos, ninguna que resucite, porque el calorcito de mi pene se desenreda, y todavía nerviosa cobra vida y aun enclenque, agarrotada por el tiritón, a media luna, en mitad del planeta Tierra, aquí en esta noche abres tus ojos egipcios y te chupas todo el firmamento.

UNA

NOCHE BUENA PARA SANTA

PEDRO MARDONES



UNA NOCHE BUENA PARA SANTA

La noche se hunde en el círculo ártico y esta madrugada lo sorprende surcando el horizonte. Va de regreso el viejo, cansado, descreído Santa Claus azotando las cornamentas y vocifera a todo pulmón: «¡Arre, blanco, pintado y pecoso; elévense, mierdas, que este trabajito es una vez al año!», una en que mil millones de crías en toda la Tierra joroban con el juguete a pilas, a baterías, a toda costa, y aunque los ayudantes trabajen en serie, él es uno, un solo viejo imbécil que reparte todo. ¿Y quién le reconoce algo? ¿Hay un día, una calle, una estatua, una mísera placa en alguna parte con su nombre? Al centro del gran contorno de la Nochebuena se siente solo, la pena se agolpa en su garganta y tiene que detener el trineo para contener el aliento. Su corazón no está nada de bien, no debe agitarlo con estas cosas, pero pensando y dándole vueltas a lo mismo, se pregunta por qué tiene que regresar al Polo Norte tan luego habiendo una mujer tan sola en el farol de allá abajo. Por qué debe terminar quizás su última Nochebuena como un senescente de cuento, un abuelo de cartón al que a lo mejor ni se le para, como le dijo la triste mujer a quien desde el trineo viera tan poética con



su hombro meado de estrellas y que ahora, reclinada de borracha, lo mira curiosa y le dice que mejor que no, gástese la plata que ganó de Viejo Pascuero en otra cosa, abuelito, en remedios, vitaminas, y después nos vemos, y se fue dejándolo conmovido como si él pidiera una extravagancia; a él, que cumplía todos los deseos, sucederle esto. Entonces la vio, plegada en la escalera, como dos ojos en una sombra, licuándose en dos piernas de aserrín forradas en un listado violento. Era la huérfana más triste del mundo, estaba allí el animal agazapado como había estado siempre mirando las vitrinas, las muñecas rosadas, los vestidos limpios, los zapatos brillosos; es decir, ella siempre quiso ser muñeca para tener el pelo rubio y las pestañas arqueadas y salir a la calle con la mirada limpia y zapatos nuevos, siempre quiso alguna cosa que nadie tenía para darle, porque era una piojenta muerta de hambre que deambulaba por las calles y los tarros de basura, cantando en las micros con su voz ronca de semen y tabaco, rebuscándose de alguna forma.

Don Santa, como sea, no tengo casi nada que ofrecer, solamente mis catorce años que sirven para masturbar a viejos como usted, que hace tanto tiempo no recibe un regalo como el que yo le voy a entregar, caballero. ¿Dónde quiere, aquí mismo o en el trineo? Aunque para serle franca, yo prefiero allá arriba; debe verse tan bonito ahora que está amaneciendo y la noche se desgarrar en un chisporroteo de gasas cuando tomados de la mano trepan a las nubes y allá, muy arriba, todavía le parece poco y suben otro poco más arriba y otro, y cuando Santa se viene a dar



cuenta, la Tierra es una pelota sucia de barro azul. Y a su lado la nena le sonríe maligna, le hurga los pantalones, lo aferra y le mece el miembro como un miembro sideral, rotando los impulsos del viejo que se estremece de gusto en su traje escarlata y, entonces, la espina: en ese momento el aire que le falta, el puño que le golpea el pecho, el paro cardíaco que lo trava y lo hace exhalar su último respiro en brazos de la huérfana, que se queda con Santa Claus tieso en pleno sueño, en la escalera dolorosa que le tablea la cola, en la calle sucia de papeles, ramas de pino y cintas de regalo, cuando aún no ha conseguido ni un peso y su estómago es una bolsa hinchada de fermentos que gru e por comida, por eso el tabaco la llena de humos y el hambre la hace imaginar cosas, por eso mismo se pone de pie y, refreg ndose los ojos, muerde con el bostezo la madrugada fría que la retrata sin color, en la calle, en la sonrisa del hombre que se ha detenido a mirarla y a través del vidrio sucio del alcohol no le parece tan niña y, es más, la cuelga de su brazo y desaparecen en la perspectiva de la ciudad cuando todavía el sol no asoma, cuando aún la estrella de Belén es un cigarro mal apagado en el suelo.